

*La lucidez  
y el óxido*

(Sobre  
la poesía de  
Caballero  
Bonald)

Luis  
García  
Montero

**Palabras** como memoria, ceniza, tiempo, simulacro, indagación, óxido, vacío, surgen con frecuencia en la poesía de Caballero Bonald, perfilando con una ambigua exactitud no sólo los contenidos, sino también la voz moral de su personaje y las claves abstractas de su poética. El trazado que va de la ceniza al óxido, del tiempo sentimental a la indagación en el simulacro, apunta a una tensión entre las evocaciones y la lucidez, entre los mitos consoladores y el estupor de la degradación, y marca un ámbito lírico resuelto en la memoria perpetuamente cuestionada, en el hallazgo de un argumento personal de verdades que se autoinculpan y se revelan como ficción. Lo advertía José-Carlos Mainer al estudiar los rasgos de esta poética fundada en la "Gestión de simulacros", a través de unas operaciones de lenguaje que conceden a la memoria un lugar decisivo y contradictorio: "Sospecho que si acertáramos a enumerar cuanto quiere decir José Manuel Caballero Bonald cada vez que enuncia la palabra *memoria*, estaríamos muy cerca de la resolución de los enigmas de ese yo poético dilatado, confuso y hastiado de sí mismo.



Pero resulta que la memoria es también territorio de contradicción: es nuestro signo de identidad y posesión, pero su contenido sedimenta incansablemente lo otro, lo ajeno e involuntario"<sup>1</sup>. La reflexión sobre el óxido, la incertidumbre vivida como designio del lenguaje, la utilidad del simulacro en la sabiduría última del vacío, son en este sentido una insistencia, el resultado de unas preocupaciones que unifican y tensan la palabra poética de Caballero Bonald.

En el prólogo a *Selección natural*, el poeta define así el rumbo de su trabajo: "Pasé sin excesivas cautelas de un neoclasicismo romántico, a una incipiente curiosidad indagatoria en el lenguaje, que no sé si me venía de cierta grata impregnación modernista o de mi fascinación por los grandes poetas andaluces, un gusto que todavía conservo"<sup>2</sup>. Esta indagación en la palabra, que es siempre una búsqueda formal sobre la materia flexible del tiempo, ha sido el eje de la tarea de Caballero Bonald, desde *Las adivinaciones* (1952) hasta *Diario de Argónida* (1997), sostenida por una voz poética implacable con ella misma, con la vida, con el recuerdo y con las imposibilidades y deficiencias de la palabra.

El tiempo y la palabra firmaron su alianza desde el primer poema de *Las adivinaciones*, titulado "Ceniza son mis labios":

"Turbador sueño yergue  
su noticia opresora ante la furia  
original de la que el cuerpo es hecho, ante  
su herencia de combate, dando vida  
a secretos quemados,  
a recónditos signos que aún callaban  
y pugnan ya desde un recuerdo mísero  
para emerger hacia canciones,  
mudo dolor atónito de un labio,  
el elegido,  
que en cenizas transforma  
la interior llama viva de lo humano"<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> *Poesía en el Campus*.- n° 30, Zaragoza, curso 1994-1995; pág. 5.

<sup>2</sup> *Selección natural*.- Cátedra, Madrid, 1983; pág. 19.

<sup>3</sup> José Manuel Caballero Bonald: *Doble vida. Antología poética*.- Alianza, Madrid, 1989; pág. 17. Si no se indica lo contrario, las citas se referirán a esta edición.



Este ámbito de secretos quemados, de signos recónditos y de emergencias líricas es el que define la memoria como un orden ficticio y contradictorio. El recuerdo es la otra cara del olvido, pertenece a un mismo mandato de selección, de igual forma que las palabras deben asumirse como ascuas de impotencias expresivas. "Gestión de simulacros" es un verso del poema "Renuevo de un ciclo alejandrino", perteneciente a *Pliegos de cordel*:

"Gestión de simulacros  
es la verdad vivida: breve  
como la fraudulenta desnudez  
de la carne, centellea en la sombra  
el tálamo de Ítaca, ya lejos  
la taciturna orilla de Aznalcóllar"  
(pág.94)

La escritura es, como afirma unos versos más adelante, "un pérfido rastro de sustituciones", que recrea, trabaja, manipula, descifra y convierte en conocimiento lírico las anécdotas de la "verdad vivida". Por eso la poesía se impone como una tarea de elaboración, "de sustituciones", y por eso hay que tener cuatro ojos cuando se cita a Caballero Bonald, porque uno de los signos más claros de su escritura obsesiva, de su lucha con el lenguaje, es el cambio, el regreso al telar de los poemas. Antes decía que "Renuevo de un ciclo alejandrino" pertenece a *Pliegos de cordel*, pero esto sólo es válido si acudimos a la ordenación de la antología *Doble vida* (1989). El poema no está en la primera edición del libro (Colliure, Barcelona, 1963), aparece en *Vivir para contarlo* (Seix-Barral, Barcelona, 1969) dentro de un capítulo final titulado "Nuevas situaciones", adelanto claro de *Descrédito del héroe* (El Bardo, Barcelona, 1977), en cuya primera edición se incluye. Allí sigue en *Selección natural* (1983), y allí se lo volverá a encontrar el lector en la reedición de *Descrédito del héroe y Laberinto de Fortuna* (Visor, Madrid, 1993).

En *Doble vida* se añaden, además, algunas correcciones, que acompañan después al poema en su regreso al libro original. Por ejemplo, el verso "pérfido rastro de sustituciones" apareció primero como "délfico rastro de sustituciones". El poeta prefiere desplazar el eco visionario del adjetivo original con una alusión más matizada a la complejidad del lenguaje, a la batalla personal que pone en marcha y a la lógica contradictoria de la sustitución, raíz misma de las posibles iluminaciones del poema.

La lucidez  
y el óxido  
(Sobre  
la poesía de  
Caballero  
Bonald)  
Luis  
García  
Montero



La escritura es un laboreo irrefrenable, un ejercicio de esgrima que salta de las primeras versiones de los libros a las posteriores entregas. Según ha estudiado minuciosamente María José Flores en *La obra poética de Caballero Bonald y sus variantes*, las antologías de este poeta "no se limitarán a ser meras recopilaciones de textos, ya que cada una de ellas, además de numerosísimas variantes textuales (que testimonian graduales elecciones estilísticas, pero, sobre todo, sucesivos modos de componer y diversos estados de conciencia), incluye otros importantes cambios que afectarán a los títulos y a la datación de los poemas, así como a la estructura interna de cada uno de los poemarios"<sup>4</sup>.

La apuesta por el artificio surge de la diferenciación radical que existe y debe existir entre la biografía y el poema. Los poemas son "rastros de sustituciones", simulacros. De ahí que el realismo de primeros términos le parezca a Caballero Bonald un empeño más periodístico que literario. En un poema de *Descrédito del héroe*, "Temor a la impotencia", en el que se mantiene la alianza del tiempo y la palabra, hay una llamada a ese tipo de tregua

"con que suelo  
aplazar tu recuerdo cada día  
y callo  
en las inmediaciones"  
(p.140)

Escribir es indagar en las inmediaciones, definirse en la ambigüedad, justo en el silencio de la puerta que acaba de cerrarse. La poesía no es realismo biográfico, sino ficción lingüística, historia y biografía del idioma. Con la misma determinación con la que se asume la piel incierta de las anécdotas, se busca la precisión imposible en el vocabulario, las inmediaciones, el adjetivo definidor en un doble sentido: porque define al objeto y porque constituye en su verdad a la mirada que lo elige, al personaje que vive en el poema. Como ha explicado María Payeras Grau, la voz de este personaje "conecta con una tradición simbolista, que deriva posteriormente hacia cauces donde lo irracional, lo onírico, y todo cuanto se desvíe de la norma y el dogma tiene amplia acogida"<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1999; pág. 21

<sup>5</sup> "Presentación cordial", en José Manuel Caballero Bonald, *El imposible oficio de escribir. Antología*.- Universitat de les Illes Balears, 1997, p. VI



Este rastro de sustituciones que es la poesía encierra en Caballero Bonald la inteligencia de un activo sentimiento de culpa, otra de las claves de su obra, factura indispensable de la energía y, al mismo tiempo, del óxido de la vida. Hay un poema en *Descrédito del héroe*, "Doble vida", lema que después sirvió para titular la citada antología de su obra, que afirma lo siguiente:

"Entre dos luces, entre dos  
historias, entre  
dos fillos permanezco,  
también entre dos únicas  
equivalencias con la vida.  
Mi memoria proviene de un espacio  
donde no estuve nunca:  
ya no me queda sitio sino tiempo"<sup>6</sup>

De nuevo la misma alianza en la contradicción del tiempo y la palabra. El lenguaje intenta construir una verdad en el vacío, se hace vida al despegarse de la vida, y el tiempo nos ata a una memoria que es olvido, a un lugar de procedencia en el que no hemos estado nunca. Esta doble vida, este diálogo con la mentira para capturar una forma de verdad, es el sentimiento de culpa que de manera insistente acompaña al personaje poético de Caballero Bonald en el espectáculo de la degradación y el desamparo. Se trata de un sentimiento de culpa que ayuda a salvar las hostilidades de la realidad. "Defiéndame Dios de mí" se titula un poema de *Las horas muertas* (1959) en el que se pide el derecho de merecer la propia perdición, bajo el trámite de la tierra podrida y la borrosa efigie del desdén, como un recurso único para seguir viviendo. Parece una ética de la resistencia, que afecta tanto al escritor que elabora simulacros, como al ser humano que se sabe materia de simulacros. En *Memorias de poco tiempo* (1954), cuando se adivina que "Un cuerpo está esperando", los versos indagan:

"En la oquedad propicia del instante  
que mientras más deseo más maldigo"  
(p.37)

<sup>6</sup> En la edición de la antología *Doble vida*, de la que tomo la cita (p. 114), este poema pasa también con varias correcciones a *Pliegos de cordel*.



y este sentimiento de culpa nos conduce "al voraz simulacro de la vida" (p.37) o a una memoria que, suspensa del engaño, "confunde sus fronteras / entre las turbias órdenes del tiempo" (p.38). Las ambigüedades y las certezas del escritor son las ambigüedades y las certezas de la memoria, la dinámica de sus contradicciones. Por eso resulta necesario escribir con el acero de la inteligencia, un desdén degradador que sirve, dialécticamente, para mantener el camuflado rescoldo del entusiasmo. Saberse sin sitio, pero con tiempo, asegura una impertinente necesidad de futuro. Al afirmar en *Laberinto de Fortuna* (1984) que "La botella vacía se parece a mi alma", Caballero Bonald abre el camino a la toma de conciencia y a sus posibles estrategias: "otra vez soy el tiempo que me queda" (p.156). Así, los avisos agonizantes del deseo acaban siempre por ser penúltimos, y las meditaciones del poeta, los juegos de la ficción y de la realidad en las incertidumbres de la memoria, pueden adquirir incluso el destello de la venganza. Cuando presenta su *Poesía amorosa*, compuesta también por las piezas de una escritura que no olvida "el prurito de perpetrar falsos autorretratos", el autor se siente con derecho a plantear así las cosas: "Aunque ya se sabe que la poesía no tiene por qué responder a una transposición verídica de los episodios vividos, en este caso sí puede haber algo de eso, no importa que afectado por algún otro reajuste propio de la ficción. Ya se trate de experiencias reales o inventadas, las recapitulaciones amorosas, en su más lato sentido, tienden a adjudicarse cada vez más el papel de imágenes vindicativas. No es que esta actitud se establezca como una norma o sea algo distinto a un recurso, pero en el fondo sí hace las veces de subrepticia venganza de la sensualidad frente a las injurias del tiempo"<sup>7</sup>.

Junto a la degradación y la culpa, el instinto de resistencia ha sido otra de las claves de la obra de Caballero Bonald. En un poema de *Pliegos de cordel* titulado "Supervivencia", el poeta toca a ciegas la luz, desde el centro del sueño, para saltar "por fin al borde de la vida" (p. 94). De nuevo estamos en las intermediaciones, en el borde del lenguaje o de la experiencia moral. La ambigüedad y la voluntad de estilo son un equipaje imprescindible para alguien que vive la literatura con instinto de resistencia, buscando la alianza de la lucidez negadora como perpetuo cuartel de invierno. Este proceso ideológico es, en mi opinión, el eje o la raíz de *Diario de Argónida* (1997), el último libro de Caballero Bonald, en

---

<sup>7</sup> Renacimiento, Sevilla, 1999; p.8



el que se vuelve a un pasado que nunca existió para dialogar con un futuro que no podrá crearse, con lo cual la voz poética consigue regresar al futuro y avanzar hacia el pasado, único modo posible de seguir reivindicando la autoridad imperfecta del ser humano sobre la Historia, la posibilidad de inventarse un paisaje, de barajar los recuerdos, de asumir una reflexión moral que impone siempre su geografía de distancias. La lejanía, la íntima lejanía, es el tono de voz que ha adoptado alguien que no está dispuesto a apurar los últimos abismos de la renuncia. La derrota activa flota como leño de salvación, como una manera de seguir existiendo.

La escritura de Caballero Bonald es la hazaña del poeta que se concibe baudelerianamente como héroe moderno, pero desacreditándose de inmediato a sí mismo en el fuego seco de la lucidez. En "Sobre el imposible oficio de escribir", otro de los poemas de *Descrédito del héroe* que regresaron al pasado de *Pliegos de cordel*, la voz del poeta se confiesa y se interroga:

"Por aquella palabra  
de más que dije entonces, trataría  
de dar mi vida ahora. ¿Vale algo  
comprobarlo después de consumidos  
tantos esfuerzos  
para no mentir?"

(p.114)

La obra poética de Caballero Bonald es la consecuencia de esta confesión y la respuesta a esta pregunta. El lenguaje y la lucidez, vigilándose mutuamente, actúan contra la degradación y el óxido en los campos de batalla de la memoria. Y no se trata aquí de un tiempo de guerras perdidas, sino de una carta que ha llegado a su destino, esa carta que todo poeta está obligado a mandarse a sí mismo.

*La lucidez  
y el óxido*  
(Sobre  
la poesía de  
Caballero  
Bonald)  
Luis  
García  
Montero